

Signos de divinidad

Sábado de tarde, 5 de octubre

La naturaleza humana del Hijo de María, ¿fue cambiada en la naturaleza divina del Hijo de Dios? No. Las dos naturalezas se mezclaron misteriosamente en una sola persona: el hombre Cristo Jesús. En él moraba toda la plenitud de la Deidad corporalmente. Cuando Cristo fue crucificado, su naturaleza humana fue la que murió. La Deidad no disminuyó ni murió; esto habría sido imposible. Cristo, el inmaculado, salvará a cada hijo e hija de Adán que acepte la salvación que se le ofrece, que consienta en convertirse en hijo o hija de Dios. El Salvador ha comprado a la raza caída con su propia sangre.

Este es un gran misterio, un misterio que no será comprendido plena y completamente, en toda su grandeza, hasta que los redimidos sean trasladados. Entonces se comprenderán el poder, la grandeza y la eficacia de la dádiva de Dios para el hombre. Pero el enemigo ha decidido que esta dádiva sea oscurecida hasta el punto de quedar reducida a nada (*Exaltad a Jesús*, p. 70).

Los que apreciaban el carácter y la misión de Cristo, se llenaban de reverencia y asombro al contemplarlo, y sentían que estaban contemplando el templo del Dios viviente. Habían sido enviados oficiales para apresar al Hijo de Dios, a fin de que el templo viviente de Dios fuera destruido. Pero al acercarse y oír las palabras de sabiduría divina que salían de sus labios, quedaron encantados, y el poder y la excelencia de su instrucción llenaron de tal modo sus corazones y sus mentes, que olvidaron el propósito para el que habían sido enviados. Cristo se reveló a sus almas. La divinidad resplandeció a través de la humanidad, y regresaron tan llenos de este único pensamiento, tan cautivados por las ideas que les había presentado, que cuando los dirigentes de Israel preguntaron: “¿Por qué no lo habéis traído?”, respondieron: “Nunca nadie habló como este hombre”. Habían visto lo que los sacerdotes y los dirigentes no querían ver: la humanidad inundada de la luz y la gloria de la Divinidad (*Signs of the Times*, 20 de enero, 1890, párrafo 9).

Cuando estuvo en la tierra, Jesús dijo a los que lo rechazaron: “No queréis venir a mí para que tengáis vida”. Hoy hay muchos que se niegan a responder al amor atrayente de Cristo. Jesús llama, pero muchos se niegan a responder a la invitación. No quieren valerse del privilegio de tener a Jesús como su Salvador personal. No vienen en humildad y fe, a fin de conocer por experiencia personal lo que son para Jesús, y lo

que él es para ellos. Pero la promesa es: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”. Jesús no descansará hasta que lleve a sus seguidores a los reinos del gozo y la gloria perfectos (*Signs of the Times*, 27 de febrero, 1893, párrafo 5).

Domingo, 6 de octubre: La alimentación de los cinco mil

La Pascua se acercaba, y de cerca y de lejos se reunían, para ver a Jesús, grupos de peregrinos que se dirigían a Jerusalén. Su número fue en aumento, hasta que se reunieron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Antes que Cristo llegara a la orilla, una muchedumbre le estaba esperando, pero él desembarcó sin ser observado y pasó un corto tiempo aislado con los discípulos.

Desde la ladera de la colina, él miraba a la muchedumbre en movimiento, y su corazón se conmovía de simpatía. Aunque interrumpido y privado de su descanso, no manifestaba impaciencia. Veía que una necesidad mayor requería su atención, mientras contemplaba a la gente que acudía y seguía acudiendo. “Y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor”. Abandonando su retiro, halló un lugar conveniente donde pudiese atender a la gente. Ella no recibía ayuda de los sacerdotes y príncipes; pero las sanadoras aguas de vida fluían de Cristo mientras enseñaba a la multitud el camino de la salvación (*El Deseado de todas las gentes*, p. 332).

Mi atención fue dirigida al poder que Dios manifestó a través de Moisés cuando lo envió a entrevistarse con Faraón. Satanás comprendió lo que debía hacer y estaba preparado. Sabía perfectamente que Moisés había sido elegido por Dios para romper el yugo de la cautividad que afligía a los hijos de Israel, y que en su obra simbolizaba la primera venida de Cristo para romper el poder de Satanás sobre la familia humana y libertar a los que habían sido hechos cautivos de su poder. Satanás sabía que cuando Cristo apareciera realizaría obras y milagros admirables para que el mundo supiera que el Padre lo había enviado. Tembló al pensar en el poder de Jesús. Consultó con sus ángeles la forma de llevar a cabo una obra que cumpliera un doble propósito: (1) destruir la influencia de la obra que Dios realizaría mediante su siervo Moisés, para lo cual obraría mediante sus agentes satánicos, y en esa forma representaría falsamente la verdadera obra de Dios; (2) ejercer influencia mediante su obra por medio de los magos que existirían en todas las épocas para destruir en las mentes de muchos la verdadera fe en los poderosos milagros y obra que Cristo llevaría a cabo cuando viniera a este mundo. Satanás sabía que su reino sufriría, porque el poder que ejercería sobre la humanidad estaría sujeto a Cristo. No era la influencia humana o el poder que Moisés poseía lo que produjo los milagros realizados ante Faraón. Era el poder de Dios. Esas señales y maravillas fueron realizadas mediante Moisés para convencer a Faraón de que el gran “Yo Soy” lo había enviado para ordenarle a Faraón a que

dejara en libertad a Israel a fin de que este sirviera a Dios (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 262, 263).

Cristo pagó por la culpabilidad de todo el mundo y todo el que venga a Dios por fe, recibirá la justicia de Cristo, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados”. 1 Pedro 2:24. Nuestro pecado ha sido expiado, puesto a un lado, arrojado a lo profundo de la mar. Mediante el arrepentimiento y la fe somos liberados del pecado y contemplamos al Señor, nuestra justicia. Jesús sufrió, el justo por el injusto (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 460).

Lunes, 7 de octubre: “Realmente, este es el profeta”

Sentada sobre la llanura cubierta de hierba, en el crepúsculo primaveral, la gente comió los alimentos que Cristo había provisto... El milagro de los panes atraía a cada miembro de la vasta muchedumbre... Ningún poder humano podía crear, de cinco panes de cebada y dos pececillos, bastantes comestibles para alimentar a miles de personas hambrientas. Y se decían unos a otros: “Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo”. Juan 6:14... Podía satisfacer todo deseo. Podía quebrantar el poder de los odiados romanos... Podía conquistar las naciones y dar a Israel el dominio que deseaba desde hacía mucho tiempo.

En su entusiasmo, la gente estaba lista para coronarle rey en seguida. Se veía que él no hacía ningún esfuerzo para llamar la atención a sí mismo... Temían que nunca haría valer su derecho al trono de David. Consultando entre sí, convinieron en tomarle por fuerza y proclamarle rey de Israel...

Jesús vio lo que se estaba tramando y comprendió, como no podían hacerlo ellos, cuál sería el resultado de un movimiento tal...

Jesús ordenó entonces a la multitud que se dispersase; y su actitud era tan decidida que nadie se atrevió a desobedecerle... El porte regio de Jesús y sus pocas y tranquilas palabras de orden apagaron el tumulto y frustraron sus designios. Reconocieron en él un poder superior a toda autoridad terrenal, y sin una pregunta se sometieron (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 46).

Jesús dijo de las Escrituras del Antiguo Testamento —y ¡cuánto más cierto es esto acerca del Nuevo!—: “Ellas son las que dan testimonio de mí”. Juan 5:39... Si deseáis conocer al Salvador, estudiad las Santas Escrituras. Llenad vuestro corazón de las palabras de Dios. Son el agua viva que apaga vuestra sed. Son el pan vivo que descendió del cielo... Nuestros cuerpos viven de lo que comemos y bebemos; y lo que sucede en la vida natural sucede en la espiritual: lo que meditamos es lo que da tono y vigor a nuestra naturaleza espiritual.

La vida espiritual debe ser sostenida mediante la comunicación con Cristo a través de su Palabra. La mente debe espaciarse en ella, el corazón debe llenarse de ella. La Palabra de Dios establecida en el corazón, considerada sagrada, y obedecida mediante el poder de la gracia de Cristo, puede hacer que el hombre sea recto y puede mantenerlo recto (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 228).

Jesús no satisfizo su curiosidad. Dijo tristemente: “Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os hartasteis”. No le buscaban por algún motivo digno; sino que como habían sido alimentados con los panes, esperaban recibir todavía otros beneficios temporales vinculándose con él. El Salvador les instó: “Trabajad no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece”. No busquéis solamente el beneficio material. No tenga por objeto vuestro principal esfuerzo proveer para la vida actual, pero buscad el alimento espiritual, a saber, esa sabiduría que durará para vida eterna. Sólo el Hijo de Dios puede darla; “porque a este señaló el Padre, que es Dios” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 348).

Martes, 8 de octubre: La curación del ciego: parte 1

Job fue terriblemente afligido, y sus amigos procuraron hacerle reconocer que su sufrimiento era el resultado del pecado, e hicieron que él se sintiera bajo condenación. Presentaron el caso de él como el de un gran pecador; pero el Señor los reprendió por la forma en que juzgaban a su fiel siervo.

Hay maldad en nuestro mundo, pero no todo el sufriendo es el resultado de una conducta perversa. Se nos presenta a Job claramente como un hombre a quien el Señor permitió que Satanás afligiera. El enemigo lo despojó de todo lo que poseía; se rompieron sus vínculos familiares; perdió a sus hijos. Durante un tiempo el cuerpo se le cubrió de llagas repugnantes, y sufrió muchísimo. Sus amigos vinieron para consolarlo, pero trataron de convencerlo de que era responsable de sus aflicciones por su proceder pecaminoso. Sin embargo, él se defendió y negó la acusación declarando: “Consoladores molestos sois todos vosotros”. Al intentar hacerlo culpable delante de Dios y merecedor de su castigo, lo sometieron a una penosa prueba y describieron erróneamente el carácter de Dios. Con todo, Job no se apartó de su lealtad, y Dios recompensó a su fiel siervo (*Comentarios de Elena G. de White en Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 3, p. 1158).

Cristo vino a revelar al mundo el conocimiento del carácter de Dios... La verdad de Dios había estado oculta bajo una montaña de tradición y error. Las ofrendas de sacrificio que se habían ordenado para instruir a los hombres acerca de la expiación vicaria de Cristo, a fin de enseñarles que sin el derramamiento de sangre no hay remisión de pecado, se habían convertido para ellos en una piedra de tropiezo.

Todo lo que era espiritual y santo estaba distorsionado en su entendimiento oscurecido. Estaban cegados por el orgullo y los prejuicios, de modo que no podían ver el propósito de lo que había sido abolido. Jesús vino a cambiar el orden de cosas que entonces existía, y a revelarles el carácter del Padre (*The Review and Herald*, 1º de noviembre, 1892, párrafo 12).

No pocas veces las mentes de los siervos de Dios están tan cegadas por la tradición y las falsas enseñanzas que solo comprenden parcialmente las cosas reveladas en su Palabra. Los discípulos de Cristo, incluso cuando el Salvador estaba con ellos, tenían la concepción popular del Mesías como un príncipe temporal que exaltaría a Israel como un imperio universal. No podían entender sus palabras que predecían su sufrimiento y muerte...

Después de su resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos en el camino a Emaús y “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. Su propósito era afianzar la fe de ellos en “la palabra profética más segura” (Lucas 24:27; 2 Pedro 1:19), no solo por su testimonio personal, sino por las profecías del Antiguo Testamento. Y como primer paso para impartir este conocimiento, Jesús dirigió a los discípulos a “Moisés y a todos los profetas” de las Escrituras del Antiguo Testamento (*From Here to Forever*, pp. 215, 217).

Miércoles, 9 de octubre: La curación del ciego: parte 2

Todos los milagros que [Cristo] realizaba en sábado eran para aliviar al afligido, pero los fariseos habían procurado condenarlo como violador del sábado. Habían tratado de incitar a los herodianos contra él. Presentándose como procurando establecer un reino rival, consultaron con ellos en cuanto a cómo matarlo. Para excitar a los romanos contra él, se lo habían representado como tratando de subvertir su autoridad. Habían ensayado todos los recursos para impedir que influyera en el pueblo. Pero hasta entonces sus tentativas habían fracasado. Las multitudes que habían presenciado sus obras de misericordia y oído sus enseñanzas puras y santas, sabían que los suyos no eran los hechos y palabras de un violador del sábado o blasfemo. Aun los oficiales enviados por los fariseos habían sentido tanto la influencia de sus palabras que no pudieron echar mano de él. En su desesperación, los judíos habían publicado finalmente un edicto decretando que cualquiera que profesase fe en Jesús fuera expulsado de la sinagoga (*El Deseado de todas las gentes*, p. 496).

Debido al orgullo y la ambición de los hijos de los hombres, Dios ha preferido realizar sus grandiosas obras por medio de los instrumentos más sencillos y humildes. Dios no elige a los hombres a quienes el mundo honra como grandes, talentosos o brillantes. Elige a los que desean trabajar en humildad y sencillez, reconociéndolo como su Guía

y la fuente de su fortaleza. Él anhela que lo convirtamos en nuestro Protector y Guía en todos los deberes y asuntos de la vida...

El apóstol Pablo podía hacer frente a la elocuencia con la elocuencia, a la lógica con la lógica; podía participar inteligentemente en todas las controversias; pero, ¿estaba satisfecho con ese conocimiento mundanal? Él escribe: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6, p. 1083).

Cristo eligió lo insensato del mundo, a los que este consideraba indoctos e ignorantes, para confundir a los sabios. Los discípulos no conocían las tradiciones de los rabinos, pero con el ejemplo de Cristo, su Maestro, obtuvieron una educación de primer orden, porque tenían ante sí un Ejemplo divino. Cristo les fue presentando las verdades más elevadas.

A los que Dios emplea en su servicio, los prepara a su manera con el fin de que lo sirvan. Los que predicán a Cristo deben aprender de él diariamente, para comprender el misterio de salvar y servir a las almas por las cuales él murió... Deben seguir su ejemplo en todo, para compartir con otros su tierna compasión, y su decidida oposición a toda obra mala (*Cada día con Dios*, p. 39).

Jueves, 10 de octubre: La resurrección de Lázaro

[Cristo] lloró junto a la tumba de Lázaro debido a que no le iba a ser posible salvar a todos aquellos a quienes el poder de Satanás había hundido en la muerte. Se dio a sí mismo en rescate por muchos, a saber, por todos aquellos que quisieran aprovechar del privilegio de volver a ser leales a Dios... Cuando resucitó a Lázaro de la tumba, sabía que por esa vida debía pagar el rescate en la cruz del Calvario. Cada rescate que se hiciera le iba a producir la más profunda humillación. Debía probar la muerte por todos los hombres...

Se dio cuenta de que solo él podía rescatarlos del profundo foso en que habían caído. Sólo él podía poner sus pies en la senda recta; solo su perfección podía contrarrestar su imperfección. Sólo él podía cubrir su desnudez con su propio manto de justicia inmaculada. Él es fuerte para liberar. La ayuda proviene de Uno que es poderoso. Él rodea al hombre con su largo brazo humano, mientras que con su brazo divino se sostiene en la omnipotencia (*Sons and Daughters of God*, p. 25; parcialmente en *Hijos e hijas de Dios*, p. 27).

No era solo por su simpatía humana hacia María y Marta por lo que Jesús lloró. En sus lágrimas había un pesar que superaba tanto al pesar humano como los cielos superan a la tierra. Cristo no lloraba por Lázaro, pues iba a sacarle de la tumba. Lloró porque muchos de los que

estaban ahora llorando por Lázaro maquinarían pronto la muerte del que era la resurrección y la vida. Pero ¡cuán incapaces eran los judíos de interpretar debidamente sus lágrimas! Algunos que no podían ver como causa de su pesar sino las circunstancias externas de la escena que estaba delante de él, dijeron suavemente: “Mirad cómo le amaba”. Otros, tratando de sembrar incredulidad en el corazón de los presentes, decían con irrisión: “¿No podía este que abrió los ojos al ciego, hacer que este no muriera?” Si Jesús era capaz de salvar a Lázaro, ¿por qué le dejó morir?

Con ojo profético, Cristo vio la enemistad de los fariseos y saduceos. Sabía que estaban premeditando su muerte. Sabía que algunos de los que ahora manifestaban aparentemente tanta simpatía, no tardarían en cerrarse la puerta de la esperanza y los portales de la ciudad de Dios. Estaba por producirse, en su humillación y crucifixión, una escena que traería como resultado la destrucción de Jerusalén, y en esa ocasión nadie lloraría los muertos. La retribución que iba a caer sobre Jerusalén quedó plenamente retratada delante de él. Vio a Jerusalén rodeada por las legiones romanas. Sabía que muchos de los que estaban llorando a Lázaro morirían en el sitio de la ciudad, y sin esperanza (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 490, 491).

La bendita Biblia nos da un conocimiento del gran plan de salvación y nos muestra cómo cada persona puede tener vida eterna. ¿Quién es el autor del Libro? Jesucristo. Él es el Testigo Fiel, y le dice a los suyos: “Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Juan 10:28. La Biblia está para mostrarnos el camino a Cristo, y en Cristo se revela la vida eterna (*Ser semejante a Jesús*, p. 125).

Viernes, 11 de octubre: Para estudiar y meditar

El ministerio de curación, “Cinco panecillos alimentan a una muchedumbre”, pp. 29-32.

El Deseado de todas las gentes, “Conspiraciones sacerdotales”, pp. 495-500.